



QUEVEDO

DAMASO ALONSO Y EL "ANONIMO SEVILLANO"

José Angel Buesa.

No es esta carta de Don Lorenzo,
como el mismo me lo
confesó, diciendo que chaman
ma. p. y lo quem. Sepa el
yhte. y matenci de que trata,
es de Don Fr. de Medrano
de quien se ha alft cosas en la
carta p. pag. 267. que off
me lo asegura una persona q
esta en muy boo. La obra es
en el chilo y argumento de las
cosas me por eptas de un
Congua.

Facsimil de la nota marginal del Manuscrito M3 de la
"Epístola", que se conserva en Madrid, en la Biblioteca
Nacional.

EL AUTOR Y LA OBRA



AMASO Alonso, director de la Real Academia Española y Premio “Cervantes”, también es —o es, sobre todo— quien desempeña la magistratura literaria que correspondió en otros tiempos a Marcelino Menéndez Pelayo y después a Ramón Menéndez Pidal, aunque llevándoles la ventaja de su calidad de poeta. Y por todos estos motivos es bien explicable al interés despertado por su obra más reciente: “La *Epístola Moral a Fabio*, de Andrés Fernández de Andrada”. Porque, en efecto, se trata de una importantísima creación de alta literatura, donde la densidad del dato erudito se hace fluente en una limpia prosa, y los golpeados lugares comunes de los epítomes adquieren una imprevista novedad bajo una mirada que escrutó infolios seculares durante cuarenta años, antes de convertir el borrador anochecido de correcciones en impecables páginas impresas. Y, como resplandeciente trofeo de tan larga dedicación, nos brinda, al fin, libre de sus consecutivas costras de impurezas, el texto original de la “Epístola”.

LAS FECHAS

Como principio natural de las investigaciones del caso, era imprescindible establecer la fecha más probable de los famosos tercetos; y sucede que, en uno de los catorce manuscritos localizados hasta hoy —el M 3— se le atribuye la “Epístola” a Bartolomé Leonardo de Argensola, en el encabezamiento; pero existe una nota marginal de la misma mano, rectificándose categóricamente con las siguientes palabras —que se modernizan aquí: “No es esta carta de Bartolomé Leonardo, como él mismo me lo confesó, diciendo que estimara mucho que lo fuera. Según el estilo y materia de que se trata, es de don Francisco de Medrano —de quien están algunas cosas en este cartapacio, pág, 267— que así me lo aseguró una persona que lo sabía muy bien. La obra es, en el estilo y argumento, de las cosas mejor escritas

en nuestra lengua". El manuscrito carece de fecha y de firma, pero presenta particularidades caligráficas del siglo XVII, y Francisco de Medrano falleció en 1606. Ahora bien, Dámaso Alonso refuta la aclaración de autoría que favorece a Medrano, aunque acepta la desfavorable para Argensola, con lo que al propio tiempo desmiente y considera fidedigno a ese copista que nadie sabe quién era, ni la credibilidad que podía merecer su extraño testimonio, no por desdecirse, sino por desdecirse erróneamente; porque, siendo falsa su información sobre Medrano, nada garantiza que fueran ciertas su relación personal con Argensola ni las declaraciones de éste (¿a quién? ¿cuándo?). Y ya que el manuscrito carece de fecha, la otra (1606) tiene que ser desestimada, pues nada prueba tampoco que Medrano viviera aún cuando le fue atribuido el poema. De ese modo, a pesar del manuscrito M 3, la fecha más antigua para la "Epístola" parece ser 1612, que se deduce del manuscrito S (aunque es del siglo XVIII), y la única exacta es la del manuscrito M 4: 6 de febrero de 1623.

ARGENSOLA

Dámaso Alonso toma muy en consideración, como otros críticos andaluces o andalucistas, las referencias al Betis, Itálica y Romúlea, en contra de la paternidad del aragonés Argensola. Pero el verdadero autor —fuese quien fuese— bien pudo haber escrito la "Epístola" en Sevilla, o habría bastado con que conociera la ciudad de la Giralda y la Torre del Oro, sobrentendiéndose que el destinatario sí tenía que ser natural de allí. Por lo demás, también cabe en lo posible que Bartolomé Leonardo hubiera negado personalmente ser el autor de la "Epístola", y hasta que él mismo se la atribuyera a Medrano, aun faltando a la verdad las dos veces; ya que, como "capellán de la Emperatriz doña María de Austria, rector de Villa-hermosa, canónigo de la Santa Iglesia de Zaragoza y Cronista de Su Majestad", no le habría añadido simpatías y prebendas su ácida reprobación de la corte y los cortesanos...

LOS MANUSCRITOS

Dámaso Alonso descarta toda posibilidad de que sea Bartolomé Argensola, fallecido en 1631, el autor de la "Epístola", aunque de los catorce manuscritos que existen actualmente, tres lo reconocen como tal —si bien uno de ellos rectifica, equivocadamente, en favor de Medrano; otro señala al hermano mayor, Lupercio, fallecido en 1613; uno, bastante dudoso, la atribuye a "Manuel" de Rioja; cuatro no mencionan autor, y los otros cinco vacilan entre Andrés de Andrada, Andrés Sánchez de Andrada y Andrés Fernández de Andrada. En la página 148 de su obra, Dámaso Alonso hace agudas e ingeniosas especulaciones favorables a Fernández de Andrada: la más importante es que, tratándose de un poeta poco menos que desconocido, y sin obra anterior en que pudiera fundarse cualquier posible unidad estilística, no se justifica en su caso una caprichosa atribución del poema, —como pudo ocurrir con Francisco de Rioja, Medrano y los Argensola. Es decir, que las sucesivas versiones de la "Epístola" con el patronímico del misterioso capitán deben de proceder de un texto más antiguo, y hasta posiblemente de puño de su propio autor. Esa es una conjetura muy penetrante y de gran eficacia dialéctica. Dice Dámaso Alonso: "Cinco atribuciones de una misma poesía a un autor famoso serían para muy tenidas en cuenta. Cinco atribuciones antiguas de la "Epístola" al desconocido Andrada hacen para mí —dentro de la limitación de nuestro criterio humano— una prueba completa". Y, sin duda, esa es la argumentación más convincente —más que los propios manuscritos— en favor de Andrada. Es, pudiera decirse, la médula del trabajo de Dámaso Alonso, lo que por sí solo justifica su publicación y, al mismo tiempo, una página memorable del ilustre polígrafo. Sin embargo...

EL MISTERIO DEL VERANO

Hay que tratar de esclarecer ciertos hechos muy significativos en relación con Francisco de Rioja, ya que entre

unas poesías suyas, de un manuscrito de 1614, aparecen los únicos versos que se conocen de Fernández de Andrada: un fragmento que no hubiera inmortalizado a ningún poeta, a juzgar por las 37 líneas supervivientes. Aun así, Dámaso Alonso destaca la gran estimación que Rioja sentía por Fernández de Andrada, hasta el punto de dedicarle su silva "Al Verano", que comienza:

*Andrada, ya es la hora
del invierno aterido...*

Pero de pronto sucede algo inexplicable: don Francisco de Rioja, un hombre de reconocida integridad, de imponente prestigio, tacha la dedicatoria a Andrada, substituyendo su nombre por el de Juan Fonseca:

*Fonseca, ya es la hora
del invierno aterido...*

—aunque, como señala divertidamente Dámaso Alonso, Rioja olvida, al parecer, que once versos antes del final, el nombre de Andrada permanece en la silva:

Arde, Andrada, en aquel divino fuego.

¿Qué explicación puede tener esta circunstancia? Dámaso Alonso no encuentra cómo justificar satisfactoriamente la desconcertante conducta de Rioja; porque es evidente que habría sido más discreto dedicarle otra poesía a su amigo Fonseca, en vez de recurrir a semejante expediente substitutivo. Por lo tanto, se hace legítima la formulación de una pregunta, acaso un poco suspicaz: ¿Y si esa tachadura de Rioja no fue una prueba de afecto hacia Fonseca, sino de descalificación para Andrada?

EL CAPITAN ANDRADA

En todas partes y en cualquier época, ha habido cierta gentecilla que tiene el mal hábito de dar por suyos determinados

poemas ajenos, en las distintas variantes del latrocinio, desde la imitación lateral o directa de algunas líneas hasta el grosero cambio de nombre del autor. Y tales cosas, que ocurren aún, en 1980, sin duda eran mucho más fáciles y frecuentes en los tiempos en que los poemas circulaban manuscritos y por lo general sin firma. Por otra parte, el capitán Fernández de Andrada pudo haber sido uno de aquellos milites fanfarrones que se atribuían hazañas portentosas al regresar de América o que llegaban a México con credenciales zurdas de Italia o de Flandes, —aunque solían ser de agradable presencia y vocabulario pintoresco. ¿Por qué no pensar que alguno de los manuscritos en que aparece la “Epístola” como obra de Fernández de Andrada, fuera de su propia mano, pero dando por suyos los versos de otro poeta? Y si así fue, y Rioja y sus amigos descubrieron la superchería del avisgado capitán, se explicaría perfectamente la exclusión de su nombre en la silva “Al Verano” y Rioja seguiría siendo a la vista de todos un hombre íntegro, formal y respetable. Y eso explicaría también por qué Andrada pudo preferir una vida fatigosa y oscura en México, sin volver jamás a Sevilla, —y, sobre todo, por qué no escribió nada más, si es que alguna vez escribió algo, verdaderamente.

Además, de ser cierto que Fernández de Andrada era el autor de la “Epístola”, Rioja tenía que saberlo, forzosamente, y apreciar su mérito de poeta mejor que nadie; y, en tal sentido, habría sido natural que le disimulara cualquier falta menor, antes que humillarlo desdeñosamente con la *desdedicatoria* de su silva, —a no ser que existiera una irrefutable convicción de fraude en los tercetos del capitán.

Se trata, por supuesto, de aventuradísimas hipótesis, aunque ninguna deba rechazarse *a priori* en asunto tan hipotético en sí. Pero, dando por comprobado lo simplemente supuesto, ¿quién escribió, entonces, la “Epístola”?

LA EPISTOLA

Sin la menor duda, el fragmento rimado que se le reconoce

a Fernández de Andrada es insuficiente para definir, en pro o en contra, su paternidad de la “Epístola” por un método positivo de comparación. Dámaso Alonso, por su parte, al refutar parcialmente la nota del manuscrito M 3, recurre a un sistema de comparación negativa de la obra de Medrano con los tercetos anónimos, hasta hacer insostenible la candidatura del ex-jesuita de los “Remedios de Amor”. No obstante, por un procedimiento contrario, consistente en identificar ecos de aproximación de los famosos endecasílabos con ciertas características de otros autores, tal vez se pudiera penetrar en un terreno más firme y un poco más fértil también. Pongamos como ejemplo ese verso magistral, que es uno de los mejores, si no el mejor, de toda la “Epístola”:

augur de los semblantes del privado.

Ese verso tiene un *tono* conocido, pero no en Rioja, ni en Medrano, ni en los Argensola, ni tampoco en Lope, ni en Góngora, —por una eliminación de probabilidades.

*Y alguno tan ilustre y generoso
que usó como si fuera vil gaveta,
del cristal transparente y luminoso.*

Adviértase el empleo de “gaveta” en una acepción más o menos escatológica, —algo así como “orinal”, digamos. Dámaso Alonso se muestra en desacuerdo con una púdica variante:

que usó como si fuera plata neta,

la cual fue admitida por Quintana, acaso por entender que la expresión textual era poco decente; aunque no hay duda de que todos los manuscritos siguen la misma lección: “vil gaveta”. Y aquí hay que reflexionar un momento: ¿Qué poeta del Siglo de Oro hubiera sido capaz de incluir con tanta desenvoltura un vocablo semejante, en semejante poema?

Examinemos ahora la alusión al “tirano de Oriente” que
*apenas puede ya comprar los modos
del pecar. La virtud es más barata:*

Ese sarcasmo sobre la virtud, vagamente atenuado por lo que sigue: “ella consigo misma ruega a todos” (que es una de las “partes blandas” de la “Epístola”); ese sarcasmo casi humorístico, tampoco es atribuible a los poetas mencionados hasta ahora. Pero, ¿a quién, entonces?

Volvamos al verso 59:

augur de los semblantes del privado,

para señalar en esta ocasión —también lo hace Dámaso Alonso— su prodigiosa condensación expresiva; pero además, señalando aquí, adicionalmente, la irreprochable perfección de su hechura, sin diéresis, sinéresis, asonancias ni sinalefas, y con la comparecencia tonal de las cinco vocales.

Verso 115:

y callado pasar entre la gente

que recuerda otro endecasílabo de un poeta contemporáneo de la “Epístola:

un andar solitario entre la gente.

Versos 127 a 129:

*Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño leve
que no perturben deudas ni pesares.*

Este espléndido terceto hace casi inevitable la reminiscencia del mismo poeta anterior:

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos...*

Son, si así lo queréis, señales confusas en un viejo bosque, huellas de pasos que se interrumpen en un arrenal, semejanzas en las nubes, relámpagos en un espejo. Pero son relámpagos, semejanzas, huellas y señales.

De cualquier modo, conviene repetir que quien escribió la "Epístola" no tuvo que ser necesariamente natural de Sevilla, pues para justificar las referencias geográficas bastaría con que lo fuera el destinatario, o con que el autor se encontrara de paso en la ciudad del Guadalquivir. Esto significa que cualquier poeta del Siglo de Oro, pero de primera categoría, pudo haber versificado las 205 líneas en cuestión; y ese poeta, según se desprende del propio texto, tendría que poseer una bien asimilada cultura humanística, un fino ingenio con rasgos de humor satírico, una capacidad metafórica inagotable, un sabio equilibrio de los elementos de creación, pero sin reprimir ninguna audacia expresiva y, sobre todo, un singular poder de síntesis y una soltura de versificación que son las más seguras pruebas de la maestría de un gran poeta en su plenitud. Nada en la "Epístola" revela las indecisiones del principiante, del poeta menor, del simple aficionado. Ahora bien, ¿con qué poeta de primera categoría, no mencionado hasta ahora, podrían coincidir las excelencias de los tercetos en disputa?

QUEVEDO

En la obra de Dámaso Alonso que origina este comentario, se cita dos o tres veces a don Francisco de Quevedo, aunque siempre sin la más remota vinculación de paternidad con la "Epístola"; y sin embargo, por un método comparativo de identificación es mucho más razonable atribuírsela a Quevedo que a un capitán que tal vez ni siquiera lo sería, y del que sólo se conocen unos cuantos versos rutinarios y absolutamente nada después.

Las fechas coinciden. Quevedo nació en 1580, —hace cuatrocientos años justos. Nunca publicó sus poesías, y a causa de ello se le atribuye el soneto "A Roma", que es una traducción de las "Antiquités de Rome", de Joachim du Bellay;

y de modo inverso, por igual motivo, algo de lo más suyo podría habersele acreditado a otro poeta siempre inferior. Por lo demás, hay versos de la "Epístola" que se diría que llevan la firma y rúbrica de Quevedo, —como el del "augur". Y aquí surgen dos preguntas finales: ¿Por qué no se menciona nunca a don Francisco de Quevedo y Villegas como posible autor de la "Epístola a Fabio"? ¿Por qué, si parece más de él que de nadie?

NOTA: Tanto el facsímil que se reproduce en este artículo, como los datos que se relacionan con los manuscritos de la "Epístola", proceden de la propia obra de Dámaso Alonso.

Los versos "un andar solitario entre la gente" y "retirado en la paz de estos desiertos — con pocos pero doctos libros juntos", corresponden a sonetos que aparecen, respectivamente, en las páginas 22 y 52 de la Antología Poética de Francisco de Quevedo, en la Colección Austral, 4a. edición, 1959.

En lo referente al soneto "A Roma, sepultada en sus ruinas" (pág. 26 de la propia Antología, en la "Colección Austral") el original en francés aparece en la página 148 del Tomo 3 de "Ecrivains d'hier et d'aujourd'hui", *Joachim du Bellay*, Editions Pierre Seghers, París, 1958. He aquí el principio y el final de ambos sonetos:

DU BELLAY

*Nouveau venu, qui cherches Rome en Rome—
et rien de Rome en Rome n'aperçois...*

...

Le Tibre seul... reste de Rome...

...

*Ce qui est ferme est par le temps détruit
et ce qui fuit, au temps fait resistance.*

QUEVEDO

*Buscas a Roma en Roma, oh peregrino,
y en Roma misma a Roma no la hallas...*

...

Sólo el Tíber quedó...

...

*huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.*

Joachim du Bellay (1522-1560) fue uno de los siete integrantes de la "Pléyade" renacentista francesa, con Ronsard, Baiíf, Bellau, Dorat, Jodelle y Pontus de Tyard. Du Bellay escribió los sonetos de "Les Antiquités de Rome" en 1558, es decir, veintidós años antes del nacimiento de Quevedo.

No obstante...

En la edición de Seghers —no tengo a mano la de Garnier— se indica que el soneto de Du Bellay "está inspirado en un epigrama latino anónimo". Por otra parte, en un ensayo de L. Clark Keating, de la Universidad de Kentucky, "Joachim du Bellay" (Twayne Publishers, Inc, New York, 1971) página 89, se lee: "*Les Antiquitez*

is a short collection of thirty-two sonnets, of which no less than eleven are closely imitated from the poet Lucan", —aunque es obvio que el profesor Keating no podría incluir el soneto en cuestión entre los once con imitaciones del autor de la "Farsalia" (39-65), quien sin duda pudo ver a Roma destruida por el incendio de Nerón, en el año 64, pero no por la acción de los siglos. De cualquier modo, a reserva de una investigación más estricta, es admisible la posibilidad de que don Francisco de Quevedo no tradujera o imitara a Du Bellay, pues las sorprendentes similitudes entre ambos sonetos bien podrían proceder de una fuente común; pero, aun así, tampoco sería razonable considerar "A Roma" como un soneto original de Quevedo.

NOTA ADICIONAL

a las notas de "Dámaso Alonso
y el Anónimo Sevillano"

Ya impresa la revista AULA, recibo de Nueva York, gracias a la amistosa diligencia del profesor don Juan Jacobo de Lara, la edición crítica de los sonetos de Joachim du Bellay, por Henri Chamard, (Librairie Marcel Didier, 1970.) En la página 5 se encuentra el "soneto romano", con una nota que lo califica de "traducción de un epigrama latino", que se reproduce, y cuyo texto —¿pura coincidencia? —consta de catorce versos. Según las noticias de Chamard, ese epigrama fue publicado por primera vez por Gabriel Giolito en una colección de autores italianos, (Venecia, 1554) donde aparece como *de autor incierto* (Incerti de Roma antiqua). En otras dos antologías, editadas en 1576 y 1608, en París y Francfort, respectivamente, el epigrama está atribuido a Janus Vitalis, "poeta neo-latino, originario de Palermo y protegido de León X". Pero, de ser auténticos esos datos, Vitalis no pudo ser un poeta "de Roma Antiqua", toda vez que León X (Juan de Médicis) ejerció el pontificado de 1513 a 1521. Veamos ahora los dos primeros versos del epigrama:

*Qui Romam in media quæris, novus advena, Roma,
Et Romæ in Roma nil reperis media...*

Es, indudablemente, el mismo comienzo de los sonetos de Du Bellay y de Quevedo, aunque el "peregrino" del segundo es menos textual que el "nouveau venu" del primero, que coincide exactamente con el "novus advena". Los dos versos finales son coincidentes también, en su antítesis paradójica:

*Disce hinc quid possit Fortuna. Immota labascum
Et quæ perpetuo sunt agitata manent.*

Es de advertir que Du Bellay introduce una variante: "immota", en el penúltimo verso del epigrama, pasa a ser "ferme" en el penúltimo del soneto. Quevedo sigue esa variante:

Huyó lo que era firme.

En el verso final, "perpetuo sunt agitata" pasa a ser "ce qui fuit" en Du Bellay, con la aprobación castellana de Quevedo: "lo **fugitivo**".

Pero lo más importante y decisivo es que el Tíber no aparece directamente mencionado en ninguna parte del texto original: Hay una alusión al río, en el antepenúltimo verso: "æquor aquis",

Quin etiam rapidis fertur in æquor aquis,

pero la mención del Tíber es una afortunada aportación de Du Bellay, un "toque personal" participativo:

*Le Tybre seul, qui vers la mer s'enfuit,
reste de Rome.*

Y Quevedo repite, una vez más:

Sólo el Tíber quedó.

Es decir, que todas las evidencias concurren a demostrar que don Francisco de Quevedo tradujo el soneto de Du Bellay, también con ciertas variantes de su propio "toque personal", pero sin contacto con el epigrama de Vitalis —o de quien sea. Sin embargo, Quevedo nunca publicó el soneto "A Roma", y queda en duda si hubiera señalado o no su procedencia al imprimirlo. Presumiblemente, sí. Y es muy posible que si Quevedo hubiera publicado sus obras en verso, nadie habría podido atribuirle nunca a ningún otro poeta el "Anónimo Sevillano"...

J.A.B.

